

PALABRAS DEL DIRECTOR

Jaime Vadell



BIBLIOTECA

TEATRO, CINE Y TELEVISION

Facultad de Artes y Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile

Habría que preguntarse, ¿qué fue lo que me atrajo en la obra de Díaz y qué me hizo aceptar ponerla en escena?

En primer lugar, diría que fue la desesperación que hay en la vida de los dos protagonistas. Más que desesperación, la desesperanza que habita en ellos y que tratan, casi siempre sin éxito, de desalojar de su existencia. De cómo luchan contra ella: la mayor parte de las veces culpando al otro de sus propios fracasos. Es decir, de cómo luchaban equivocando el camino.

Me pregunté ¿por qué dos personas tan llenas de encanto y de posibilidades de amor están tan definitivamente atrapadas en el vacío?

La pregunta tiene, desde ya, dos exigencias. Por una parte, los dos tenían que hacerse queridos. Por otra, verlos cómo despreciaban sus propios talentos, su capacidad de ser queridos.

Miedo al amor, porque puede ser un arma de doble filo; caer en él puede ser una trampa mortal. Deseo de entrega, necesidad de entrega y, a la vez, pánico de perderse en esa entrega, de perder la

libertad, la propia existencia.

Deseo de necesidad del otro; miedo y desconfianza en el otro.

Como respuesta, la droga. La droga no es motivo, es conclusión.

En segundo lugar, me atrajo el final feliz. Creo indispensable que las obras tengan un final feliz. Sé que está muy desprestigiado, pero hay que revisar este inmerecido desprestigio. El final amargo estaba bien para los años 60, cuando el mundo aún vivía lleno de ilusiones en diferentes utopías, pero no viene bien ahora en que todas las utopías se nos han derrumbado.

También me resultó atractivo que el final feliz tuviese como protagonista a una guagua.

Podrá alegarse que es truculento o un lugar común y ¡claro que lo es! También lo son la muerte, el pan y el amor, y todo lo que viene repitiéndose desde hace siglos, y que se repetirá por los siglos de los siglos.

¡Ojalá!